

EL TRABAJO, SU CONCEPCION Y VALORACION CRISTIANAS

Diversos hechos recientes atraen la atención sobre la catequesis del trabajo. Respecto de él se dan a veces teorías falsas, o bien posturas prácticas equivocadas. La doctrina verdadera considera el trabajo como complemento y acabamiento de la obra de Dios, apunta su valor redentor, y lo propone como palestra de vigoroso ascetismo. El trabajo considerado cristianamente logra la plena «consagración del mundo», y ayuda a dar una idea más acabada de la vocación.

Justificación.

Ha parecido oportuno a Su Santidad Juan XXIII justificar en la Introducción de su última encíclica, *Mater et Magistra*, el hecho de que la Iglesia, sociedad sobrenatural, intervenga en temas «terrenos» como son los económico-sociales. También nos parece conveniente adoptar postura semejante en nuestro caso.

1. ¿Puede el trabajo ser objeto de la catequesis?

Es certísimo que el catequista está para retransmitir el mensaje que Dios transmite a los hombres por Cristo: el amor divino encarnado en Jesús. Pero no lo es menos que el trabajo, como las demás realidades terrenas, y sobre todo las actividades humanas, es una parte de tal mensaje, algo así como un matiz del mismo; mejor y más claro, un medio, uno de los medios necesarios para que el hombre viva de acuerdo con ese mensaje, ya que se trata de una actividad humana obligatoria, y que absorbe al hombre la mayor parte de sus horas efectivas. El hombre, para responder al mensaje de Dios, debe darse a El con su vida entera, y ella es, casi en su totalidad, trabajo.

El trabajo, pues, debe ser con pleno derecho objeto de la catequesis.

Pero hay más. Los jóvenes que nos vienen empujando buscan ya inquietamente la senda que introduzca de lleno el trabajo en la vida cristiana que ellos desean vivir densamente, y la verdad es que el educador apenas puede hoy encontrar en lo «tradicional» consejos ya preparados que dispensarles. Luego si el problema se plantea con tanta dosis de novedad, a nosotros, educadores, toca pensar para poder construir con acierto.

¿Más brevemente?: La catequesis no es sólo para la escuela, sino para la vida; y si el trabajo resume la casi totalidad de la vida del cristiano, enseñar a vivir cristianamente es, entre otras cosas y, entre ellas, una de las principales, enseñar a trabajar cristianamente.

2. Se añade hoy la circunstancia, no por desagradable menos real, de que el «homo technicus» halla en sus primeros éxitos resonantes un tropiezo para la vida de fe.

Del inventor al peón, son muchísimos los hombres que en países suficientemente desarrollados laboran en el campo de la técnica. Entre ellos cunden fácilmente los sentimientos de presunción y orgullo, a veces algo así como la divinización de la técnica (amén de cierta degradación de su mundo afectivo).

Y precisamente la fe pide humildad de la inteligencia y adhesión afectuosa del querer. Es, pues, muy interesante que enseñemos al alumno a «respirar» cristianamente en los modernos templos de la técnica¹.

¿Qué será de la fe de nuestros discípulos si el trabajo y demás tareas terrenas acaban por ser «ajenas» a su fe? ¿Y a qué se reducirán tales tareas, qué serán en sus consecuencias, si la fe no las impregna con su luz?

3. Sospechamos que han sido consideraciones semejantes a las aquí expresadas las que motivaron el tema de estudio para la reunión en Lisboa del BICE en 1959.

Conste que la primera conclusión de la primera sección fue «solicitar la mejor cooperación y diálogo entre técnicos y educadores». Y el segundo voto de la sección segunda pidió que los manuales mismos, y aun más, los *catequistas*, cuidaran de presentar al niño la genuina concepción del trabajo.

¹ LALOUPE-NELIS, *Hombres y Máquinas*, p. 283-285. Pfo XII, *Radiomensaje de Navidad*, 24 de diciembre de 1953.

Este último voto se aclaró más aún en la sección estrictamente catequística, dando normas doctrinales y pedagógicas para mejor realizarlo.

4. No queremos eludir la fácil objeción de los que no esperan mejora alguna como derivada de teorías, concepciones y valoraciones.

Recordemos el triunfo del socialismo y la revolución que ha traído consigo (aunque esté ya lejos de ser fiel a la línea del fundador Marx). Ese triunfo parece que brotó de la convergencia de dos circunstancias: la oportunidad del ambiente *más* una doctrina. Doctrina o teoría que esgrime con más o menos habilidad una metafísica del trabajo, una sociología de la comunidad, una dialéctica de la historia y, casi diríamos con otros, una mística social. En una palabra: una concepción, una valoración, una teoría.

El catequista debe *empezar* por conocer y asimilar, para luego transmitir, la «teoría» cristiana del trabajo: su valoración, su concepción exacta. Después o, si se quiere, al mismo tiempo, pero apoyado en ella, ha de enseñar a vivir de acuerdo con la misma.

5. Recordemos que el educador-catequista es más jardinero que escultor. No modelamos materia plástica, más o menos dura, pero que siempre cede a la gubia o al cincel. Más bien cultivamos seres vivos, voluntades libres, corazones singulares.

Las ideas no entrarán a golpe de maza; pero las necesitamos, y muy claras.

El discípulo las aceptará con más o menos resistencia. Por eso hay que sabérselas administrar: hay que aprender el arte de cultivarlas.

Pero no olvidemos tampoco que la misma naturaleza nos ofrece en el alumno una infraestructura favorable. Hay en ellos —y acaso en este terreno más que en otros— una serie de inclinaciones naturales que les predisponen a amar el trabajo, lo que crea base firme para inyectarles el concepto cristiano del mismo.

Esas disposiciones serían: en su estrato animal: la necesidad de movimiento, el gozo de la acción, la exteriorización de las fuerzas. Y en su zona racional: la satisfacción de planear, realizar, adquirir, dominar; las cualidades naturales, en algunos, del celo, la disciplina, la prudencia, el dominio de sí...

En menos palabras, en esta introducción, que parece y es justificadora, hemos querido decir:

- que el trabajo es elemento importantísimo de la vida del cristiano;
- que, por ende, es necesaria la catequesis del trabajo;
- que para ello el catequista necesita claridad de ideas y metodología especial, pero que cuenta, afortunadamente, con una infraestructura favorable en los discípulos.

Las páginas que siguen, como primera tentativa para la catequesis del trabajo, solamente miran al primer punto del programa: ideas, nociones, concepto, valoración. Y dentro del mismo, solamente a lo más general: lo que es, lo que vale, el trabajo para el cristiano.

Consideración negativa.

1. Hoy se habla, y cada día más, de la teología de las realidades terrestres: teología de la realidad social, del deporte o diversiones, teología de la educación, y se escribe, aunque todavía poco, sobre teología del trabajo.

Es una felicidad. Pero son raros los autores que explican el sentido de la palabra «teología» en los casos citados, y por ello quizá sucede a veces que el vocablo no tiene el mismo sentido en cada uno.

Nosotros entendemos que teología de las realidades terrenas significa la reflexión científica que el teólogo realiza, a la luz de la fe y la Revelación, sobre la relación de tales realidades con la economía salvadora, ya que todas ellas se incrustan en la misma *in recto* o *in obliquo*.

Vamos, como nos corresponde, a reducir nuestras reflexiones al trabajo. Sobre este tema, será curioso advertir que no es la primera vez que el teólogo va a pensar en él, ni la primera vez que los catequistas han tenido que considerarlo ante los alumnos.

Aparecía el trabajo en la moral, al estudiar los contratos, los beneficios, la moderación en las ganancias... Más recientemente, ha vuelto a aparecer en la sociología cristiana, como función económica principal.

Pero, gracias a Dios, el paso que ahora se inicia es de signo mucho más positivo: el trabajo pasa a ser estudiado en su densidad propia, en sus leyes internas, en sus exigencias espirituales, esto es, en sus relaciones con la economía salvadora, no de refilón, sino de plano.

Ahí vamos a bucear unos minutos.

Pero aclaremos desde ahora que trabajo no queda circunscrito a lo manual; llamaremos trabajo —y así deberían llamarlo todos— a cualquier actividad humana que tienda como a fin propio a hacer este mundo más «habitable», si se permite la expresión.

La idea que acabamos de expresar no es la definición del trabajo, ni tampoco la concepción cristiana del mismo, sino, sencillamente, un esquema que iremos rellenando, concretando y densificando gracias al cristianismo.

2. Nos ha parecido conveniente encuadrar la concepción y valoración cristianas del trabajo entre las posiciones doctrinales y las posturas prácticas de quienes tienen valoraciones erradas del mismo. Ello deslinda terrenos y deja en el centro una zona limpia, que en la segunda parte podremos llenar de contenido positivo.

Las posiciones doctrinales parecen pedir alguna crítica, pero acaso baste con observar sus efectos tal como la historia del día nos los presenta, para que queden eliminadas.

Para el *socialista*, el trabajo lo es todo (y para Marx, el valor de las cosas se deduce del trabajo, del tiempo de trabajo puesto para realizarlas, más que de la cosa en sí, o la naturaleza del trabajo ejecutado). Los estados socialistas gustaron de definirse como «repúblicas de trabajadores».

Próximo al concepto socialista está el *tecnocrático*, que toma por términos de la ecuación al hombre y al rendimiento productivo, con lo que la productividad pasa a ser el único valor, al que todo se subordina: la familia, por ejemplo, se trueca en «almacén de productores y consumidores»².

Para los *liberales*, al revés, el trabajo es una mercancía que se contrata, sin que el hombre que la va a producir merezca la mínima consideración.

Existe, en fin, en los países más adelantados, otra dirección del pensamiento al respecto: tiende a *desligar el trabajo de la vida*, de modo que aquél ya no sea inherente a ésta. En tal intención parece estar implicado el concepto de que el trabajo es sólo penalidad, y, por tanto, carece de valores positivos que necesariamente deban completar y perfeccionar a la persona humana.

3. Como brotes de algunas de estas concepciones, hallamos una serie de posturas concretas que, aunque carezcan de estructuración

² Pío XII, Radiomensaje del 24 de diciembre de 1953.

doctrinal, resultan igualmente equivocadas sobre la verdadera naturaleza del trabajo:

- desde el que rinde su tributo al trabajo, aguantándolo como cruel y molesta imposición,
- al que considera solamente la dureza de sus ocho horas de trabajo,
- al que ilumina algo su labor con el resplandor optimista del amor a su familia: «Hay que trabajar para que tenga qué comer»,
- al infortunado que busca en el trabajo absorbente fácil exención a sus obligaciones de pensar en el alma y en lo espiritual,
- hasta, en fin, el que es presa de la avidez por amontonar ganancias totalmente superfluas.

Entre nuestros alumnos, al menos si son de familia desahogada, los habrá que eligen profesión en busca solamente de ventajas, descartando todo servicio social. Y esas ventajas no serán siempre de carácter pecuniario, sino de libertad, de seguridad, de trato social, de consideración humana...

Podría repetirse en ellos el caso del profesor de enseñanza media, totalmente ineficaz, al que interrogó un inspector: «Pero, ¿cómo se comprende que se haya dedicado usted a la enseñanza?» «Pues por el atractivo de las vacaciones, largas y bien pagadas.»

En fin, en esta vorágine inspirada en el socialismo, e hinchadas las velas por las máquinas y las turbinas, hay quienes se sumergen en la técnica hasta el punto de suprimir todo tiempo libre —del que necesitan para «restaurarse»— y hasta borrar del día del Señor todo carácter sagrado (recuérdese el reciente debate alemán sobre el día de descanso decenal y fluctuante).

Las posiciones, como puede verse, se reducen a dos: la de los que rehúyen el trabajo por molesto, y la de los que lo divinizan prácticamente por las ventajas materiales que les proporciona. No parece haber lugar para un pensamiento hacia Dios.

Consideración positiva.

Hemos indicado solamente lo deficiente, lo que no es el trabajo, lo que no quiso Dios que fuera. Es hora de completar el cuadro con datos positivos, inspirados en la doctrina cristiana.

Podría ser cierta la anécdota que atribuyen a Christopher Wren. Dicen que preguntó a tres de los obreros que trabajaban en la construcción de su Saint Paul's: «¿Qué hace usted?» Y uno le respondió: «Trabajo duramente diez horas cada día.» El segundo le dijo: «Gano el sustento para mi familia.» Y el tercero: «Construyo la catedral de Londres.»

Gradación neta de valoraciones. Pero la respuesta mejor es aún superable. Veámoslo.

1. En el primer capítulo del Génesis, una vez creado el hombre, leemos esta orden de Dios a nuestros primeros padres (v. 28): «Procread y multiplicaos y henchid la tierra», en la que se perfila ya la obligación del servicio social. Y a continuación dice Dios: «Subyugad la tierra y enseñoreaos de los peces, las aves, los animales...»

Esta segunda parte del precepto implica la obligación del trabajo: subyugar, dominar, enseñorearse, no puede ser realizado sin alguna clase de trabajo.

Es, pues, el trabajo un deber impuesto por Dios. Y el hombre, al trabajar, obedece a Dios.

Así lo recuerda el oficio de San José Obrero: «Opera perficiamus quae praecipis», dice en la colecta.

2. Hay, además, algo en la Revelación que convierte esta obediencia en cosa agradable y dulce. La obediencia se trueca en imitación filial: Dios trabaja. Lo dice en San Juan: «Mi Padre sigue obrando... y yo ni más ni menos» (Juan, 5, 17). Dios perpetúa su labor creadora con la conservación y la Providencia. Jesús trabajó incluso en las formas más sencillas del trabajo manual. Y su bendita Madre, y San José, y todos los santos, empezando por los Apóstoles, han dedicado su vida entera a las faenas de diferentes trabajos.

En buena compañía se encuentra el hombre que trabaja. Y hay más: Dios mismo, gracias a esa acción conservadora y providente, crea al trabajador las condiciones que hacen posible su trabajo. Sin Él nadie podría trabajar. El aliciente es eficazísimo para cualquier mente cristiana.

3. Considerando el trabajo desde estos dos puntos de vista, podríamos resumir en una frase el primero de los elementos positivos de que consta la concepción y valoración cristianas del traba-

jo: trabajo es colaboración con el Creador en dar remate a su obra maravillosa. El lo manda, El da ejemplo, El da los medios.

El trabajo civiliza la tierra. Todos los sectores de la vida, aun los mínimos, reciben constante «progreso» gracias al trabajo. El hombre, bajo la mirada de Dios, trata de embellecer y perfeccionar el universo que Aquél creó: así lo hace mejor morada para sí, y mejor templo para el culto de Dios.

Teniendo esto ante los ojos, podría corregirse la postura trascendentalista de no pocos cristianos que, convencidos de que «no tenemos aquí ciudad permanente», no saben equilibrar esta verdad con la finalidad terrena de su quehacer diario: el último fin, para ellos, no solamente subordina, sino que suprime todo fin intermedio. Y así se desentienden de la política, del progreso técnico, del arte, de todo lo que no es el «unum necessarium»... Exégesis algo simple y, además, cómoda.

En el poema amoroso de Dios hay una estrofa perfecta, su Palabra creadora: «Todo ha sido creado por El y para El» (Col., I, 16). El hombre está llamado a completar las demás estrofas con su trabajo: la *necesaria* pincelada que va desde la primera hacha amigdaloida al satélite artificial tripulado. ¡Lástima que quienes consiguen estos triunfos «cooperando» con Dios se atrevan a negarlo precisamente apoyados en su victoria! Con razón nos atemorizan los inventos inspirados por esa mentalidad.

Convendrá, antes de pasar al segundo elemento positivo del trabajo, dejar constancia de dos consecuencias evidentes. La primera, el carácter *social* (no simplemente personal) que persigue y consigue el trabajo, ya que es complemento de la obra universal del Creador. Y la segunda, el realce que cobra la *persona* del trabajador, no ya sólo porque crea —y esto revaloriza al hombre—, sino porque transforma la obra divina, es su administrador, es artista en nombre de Dios.

4. Hay otro aspecto, muy diferente del primero, que debemos considerar si queremos poseer la verdadera noción cristiana del trabajo, aunque lo dejemos para el segundo lugar, como es justo; nos referimos al aspecto penal.

Páginas más adelante, el Génesis nos dice que el trabajo es también castigo de Dios. O más exactamente, que el trabajo pasa a ser penoso, como castigo del pecado: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gen., 3, 17-19). A las tinieblas de la ignorancia,

que enturbian la mente humana; al azote de la concupiscencia, que rompió su equilibrio; a la pena de muerte, se añadió el dolor y la fatiga del trabajo.

Pero —Dios es amor— como la promesa de la Redención siguió inmediatamente al castigo, el mismo trabajo se ha convertido en elemento redentor.

Precisamente aceptándolo con amor podremos «completar lo que falta a la Pasión de Cristo» (Col., I, 24). ¿Dónde buscar penitencia más meritoria que en la aceptación filial de las asperezas que a todos acarrea el trabajo: desde la fatiga muscular a la tensión nerviosa, a la sujeción al despacho, a la paciencia de la investigación?

Además, y gracias a la maravillosa conjunción que Dios estableció entre naturaleza y gracia, el trabajo es incluso apostólico, al par que santificante. A esta función, a la vez individual y social, aludiremos más adelante.

5. Y vamos, en fin, al tercero y último aspecto del trabajo.

El hombre está hecho para Dios. Esta vida es, en definitiva, camino hacia la morada permanente. No extrañará, pues, que la combinación de los dos elementos ya expuestos, el de cooperación con Dios para perfeccionar el universo y el del valor redentor del trabajo-castigo, nos permita afirmar que el trabajo es la palestra principal de la ascética cristiana: la escala principal por la que sube el cristiano hacia Dios.

A priori, ¿qué hace el hombre cuando no duerme? Exceptuados breves intervalos de descanso o de oración, toda su vida es trabajo. Y si su vivir es caminar hacia Dios, el trabajo es necesariamente su ascética; el campo normal de su mística, nos permitiríamos añadir.

Nos lo dijo Pío XII en el radiomensaje de Navidad del año 1955: «El trabajo es un alto valor moral, y la humanidad trabajadora es una sociedad que no sólo produce cosas, sino también glorifica a Dios. El hombre puede considerar su trabajo como verdadero instrumento de la propia santificación.»

Pero *a posteriori* la observación resulta más rica. En efecto:

El trabajo del cristiano puede convertirse en una ocupación amistosa con Dios: trabajar con El, bajo su mirada, para El, como entre amigos. «Elevar al cielo el pensamiento, la voluntad, el co-

razón, durante la labor del día, es cumplir de la manera más noble el deber de la adoración»³.

Además, son no pocas las virtudes que pueden germinar y desarrollarse con pujanza en el terreno del diario trabajo. La humildad, por ejemplo: cualquier hombre que trabaja necesita de los demás, antes, durante o después de su labor: de los compañeros de fábrica, de los autores, inventores o maestros; el «equipo» de trabajo, hoy quizá más que antaño, resulta necesario. El trabajador que siente tantas veces la dependencia, la incapacidad individual, posee una fuente sana para su humildad cristiana.

Afortunadamente además, la misma medalla muestra su reverso favorable también: la labor de cualquier trabajador, aun la más monótona y oscura, adquiere proyección social, ya que su trabajo es necesario, útil y benéfico para los demás. Todo trabajo participa hoy de la noción, aparentemente moderna, de «servicio» social⁴.

Llamaba la atención sobre este aspecto el Papa Pío XI en la *Quadragesimo Anno*: «Si los diferentes oficios, dependientes uno de otro, no colaboran y se completan entre sí, y, lo que es más todavía, no se asocian y funden como en unidad la inteligencia, el capital y el trabajo, la eficiencia humana no será capaz de producir sus frutos. Luego el trabajo no puede ser valorado justamente ni remunerado equitativamente si no se tiene en cuenta su carácter social, además del individual.»

El trabajo ayuda al compañero, ayuda a la sociedad. Así se crea la «energía social» que construye, embellece y transforma el mundo. Con ello se dan posibilidades a otros para vivir, incluso de lo que nosotros ganamos. No parece sino que se hace vida la frase de San Pablo (Ef., 4, 28): «Trabaje obrando con sus manos el bien, para tener qué compartir con el que padece necesidad.»

El que vive en necesidad ha de sacar provecho del trabajo de quien *puede* trabajar.

He ahí el trabajo al servicio de la caridad. Basta un pensamiento sobrenatural para que no quede en pura filantropía, sino que cualquier acto se convierta en subida caridad con el prójimo y con Dios.

Cuide el catequista de que el alumno aprenda, ya en la escuela,

³ Esteban Card. WYSCINSKY, *El espíritu del trabajo*, p. 108.

⁴ *Ibid.*, p. 55.

a dar a sus actos de servicio social esa mira de fe que eleva su naturaleza.

Con ser las principales, no son éstas las únicas virtudes que se pueden afianzar en el troquel del trabajo diario. El Cardenal Wyscinsky reduce las más notables a siete: la paciencia, que hace soportar el mal originado por las dificultades del trabajo; la longanimidad, que da ánimos para el diuturno caminar hasta el fin; la perseverancia y la constancia, que son afines a las anteriores; la escrupulosidad y aplicación al trabajo; la mansedumbre y el silencio ⁵.

Y si en teoría la vida de trabajo abre el camino a tantas virtudes, la experiencia parece comprobar que esas virtudes se dan: los ojos suficientemente atentos descubren preciosas virtudes reales en los obreros de vida más dura y difícil: solidaridda, sencillez, franqueza, sacrificio, sentido de la dignidad humana y afán de superación. Cabe sólo dudar de si serán virtudes naturales o sobrenaturales, pero precisamente nuestra educación es la que tiene que conseguir esa sobrenaturalidad, base del mérito.

Concluuyamos este aspecto del ascetismo del trabajo con una frase de San Juan (4, 36) que tiene acento algo insólito: «El segador cobra su jornal, y recoge fruto para la vida eterna.»

Si el trabajo produce frutos para la vida eterna, ello daría pie a desempolvar la doctrina de las acciones no directamente religiosas, y que, sin embargo, son santificantes, unas veces, *per se*; otras, lo más normal, *per accidens* ⁶.

No parece equivocado resumir los tres aspectos indicados:

- el acabamiento de la obra creadora,
- el sentido redentor del trabajo,
- y el de campo fecundo de vigoroso ascetismo,

con la frase que Pío XII dirigió a menudo a los seglares: la «consecratio mundi». El trabajo realizado con espíritu cristiano es, sencillamente, la actividad humana que consagra el mundo entero a Dios.

En efecto, el trabajo ejecutado con ese espíritu devuelve a Dios su propia creación, dedicada, más perfeccionada, más purificada, redimida; esto es, consagra a Dios todo eso que quizá hemos lla-

⁵ Id., *ibid.*, p. 159 ss.

⁶ S. GALLEGO, *La Teología de la Educación en San Juan Bautista de La Salle*, p. 268-269.

mado demasiadas veces «profano»⁷: el campo y sus cosechas, el jardín y sus flores; la mina y sus inciertas profundidades; el taller con su trajín inquieto; la fábrica y la música ronca de sus engranajes; los libros, la estilográfica, el microscopio y el tubo de ensayo; las herramientas, el aire y el mar, y el propio trabajador que maneja todo ello bajo la mirada de Dios.

El «subyugad la tierra» se enriquece con acentos que suenan así: Conquistad medios que os permitan vivir en paz con vuestros hermanos hasta ese límite desconocido en el que, dejando a los vivos los bienes conquistados, vosotros mismos os entreguéis, con el mérito de vuestras conquistas, plenamente en los brazos de Dios. «Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei», gustaba de repetir Pío XII recordando a San Pablo (I Cor., 3, 22-23).

Sólo así el trabajo, a la cristiana, cobra su sentido pleno: ya que no se trata de una concepción más de las muchas teóricamente posibles, sino que es la única que explica ontológicamente lo que el trabajo es a los ojos de Dios, su inventor.

La breve noción que, sin pretensiones de definición, apuntábamos al principio se convierte ahora en algo mil veces más noble: «Trabajo es toda actividad humana dirigida a realizar un valor natural, económico, espiritual, intelectual o social, para ofrendarlo a Dios.»

Hay, pues, un fin inmediato de orden natural, pero subordinado, en la mente de Dios y en la del operario, al fin supremo, a lo divino.

No estará de más recordar aquí —a los setenta años de la *Re-rum Novarum* y a pocos meses de la *Mater et Magistra*— que la Iglesia católica es quien, al corregir el concepto del trabajo, ha preparado las verdaderas reformas sociales, de apariencia menos revolucionaria que las marxistas, pero las únicas justas, necesarias y definitivas.

Quizá podemos dar como símbolo de ello la transformación del 1 de mayo en festividad cristiana del trabajo bajo el patrocinio de San José Obrero. La figura del artesano de Nazaret ha eclipsado el recuerdo de los cuatro obreros de Chicago, ajusticiados por conflictos laborales, único motivo que recordó la Segunda Internacional para elegir el día de la fiesta del trabajo. ¡Ojalá que el con-

⁷ A decir verdad la palabra *profano* (*pro, fanum*), en su sentido más antiguo y etimológico sería la más propia para expresar nuestro concepto, pero el sentido corriente y aún el clásico, la han contrapuesto a sacro.

cepto cristiano del trabajo desplace igualmente las demás concepciones falsas o incompletas!

Conclusiones.

Todos estos aspectos positivos deben posar lentamente ante el espíritu de nuestros catequizandos; no sólo para que rijan su trabajo el día de mañana, sino para que lo presidan hoy, pues el niño, el escolar, vive ya en pleno trabajo.

¿Cuidamos de que busque en el estudio —su trabajo, hoy— una de las fuentes de su santificación? ¿O le presentamos sólo como santificantes la iglesia, las oraciones, el recuerdo de la presencia de Dios...? ¿Vive realmente la frase que recita tantas veces al día: «Continuaré haciendo *todas mis acciones* por amor vuestro»? ¿No sería hora de hacerles ver cómo «estudiar por amor de Dios» es colaborar con Dios Creador, completar nuestra redención y ejercitarse en la mejor palestra de ascetismo?

Valgan, para terminar, unas conclusiones que no sean simple repetición de lo dicho ya:

1.^a La presentación catequística del trabajo, aparte la adaptación a la mentalidad de hoy y a la psicología del alumno, sea, sobre todo, total y exacta. *Total*: que abarque todos los aspectos del trabajo: económico, comunitario, personal, religioso. *Exacta*: que sitúe al trabajo en su lugar, con su valor y eficiencia, pero sin crear el mito de la «autosuficiencia».

2.^a Si al catequizar somos más jardineros que escultores, tratemos de basar nuestro trabajo en la infraestructura favorable que el niño ofrece; despertemos sus inclinaciones, démosle espacio de acción, dirijamos sus impulsos hacia el hito exacto. Será fácil así encarrilarlo hacia la consideración religiosa del trabajo: la voluntad de Dios, el ejemplo de Jesús, María y los Santos, la perfección de la creación, etc.

3.^a A la luz de lo dicho, parece que deberemos insistir cada día más en llamar «vocación» divina a la *profesión* a que el cristiano se siente inclinado.

Vocación a un *estado de vida* seguirá siendo otro punto de vista, de mayor importancia incluso, pero la vocación a *tal género de trabajo* no puede negarse. Dios invita a cada hombre a comple-

tar su obra creadora, a completar su redención, a santificarse mediante determinado trabajo, cuya inclinación El sembrará en el alma, y cuya consecución nosotros debemos favorecer.

No miremos por encima de todo —como se hace tantas veces para dar gusto a los padres— el puesto en que más dinero se gana, sino el puesto al que el discípulo parezca llamado por Dios. Aquí la orientación profesional adquiere un matiz religioso de trascendencia.

4.^a En esta perspectiva religiosa, en descanso no debe reducirse a simple restauración de fuerzas. Ya en el plan de Dios, diseñado en el Génesis, el trabajo que se pide al hombre se acerca más al del trapense de hoy que al de los que buscan el máximo rendimiento y el progreso más rápido y avanzado posible.

Entendiéndolo bien, el breve descanso de cada día, el descanso semanal, las vacaciones anuales, además de restaurarnos, deberían poseer carácter sacro: consagración de cierto tiempo al culto exclusivo y reposado del Señor.

El mismo domingo es, en la mente divina, más bien «eucaristía» que reposo sabático. Pero esto es ya tema de otro artículo.

Mientras se redactaban estas líneas, apareció la anunciada encíclica *Mater et Magistra*. Permítansenos dos breves extractos, que resumen —bajo pluma más autorizada que la nuestra— cuanto hemos dicho sobre el concepto y valoración cristianos del trabajo, aunque el Papa lo refiere solamente al trabajo agrícola:

«Los obreros de la tierra pueden comprobar fácilmente cuán noble es su trabajo: sea porque lo viven en el templo majestuoso de la creación, sea porque lo ejercen en la vida de las plantas y animales, vida inagotable en sus expresiones, inflexible en sus leyes, rica en recuerdos de Dios Creador y Pródigo... Es un trabajo que se caracteriza por los aspectos morales y valores que le son propios. Exige, en efecto, capacidad de orientación y de adaptación, paciencia en la espera, sentido de responsabilidad, espíritu perseverante y emprendedor.»

«En el trabajo agrícola encuentra la persona humana mil incentivos para su afirmación, para su progreso, para su enriquecimiento, para su expansión, incluso en la esfera de los valores del espíritu. Es, por tanto, un trabajo que ha de concebirse y vivirse como una vocación y una misión; es decir, como una respuesta a la invitación de Dios a contribuir al cumplimiento de su plan

providencial en la historia, como una promesa de obrar el bien para la elevación de sí mismos y de los demás, y como una aportación a la civilización humana.»

«Cuando el hombre, ante los primeros descubrimientos, se enorgulleció hasta querer conquistar el cielo y la tierra, Dios corrigió su pretensión. Ese sueño sólo será ya posible a la humildad de la fe: a las pretensiones de Babel, Dios opone la vocación de Abraham, padre de los creyentes.»

«Pero la fe no dispensa de seguir construyendo: Hay que edificar, pero con otro espíritu. Hay que tomar en serio el mundo en que vivimos, pero sin que ello nos distraiga de Dios; hay que darse enteramente a lo que se hace, pero *apegándonos solamente a Dios* y con todo el corazón; hay que ser activos, pero manteniéndonos en todo dóciles a la acción divina. Hay que intentar las obras más acabadas, pero con calma, dispuestos a recibir el dolor y el fracaso, si Dios así lo dispone...»⁸.

Quiera El que de nuestras escuelas salga la nueva generación ansiosa de conquistar el mundo para devolvérselo a Dios. Para consagrar el mundo a Dios por el trabajo cristiano.

SATURNINO GALLEGO, F.S.C.

⁸ R. GUÉLLUY, *Vie de foi et tâches terrestres*, p. 9.